

Peceras

A mi madre

El juego consiste en meter un aro en un palo que han clavado en la tierra. La distancia inicial de la que parten, según les he oído, es de tres metros. Poco a poco la aumentan; la unidad de medida, por turno, son los pies de los chicos.

El grupo lo componen cinco chavales de unos doce años. De manera esporádica, dejan jugar a otro, un par de años más joven, al que llaman Iván o el pequeñajo.

Después de cinco rondas, el que ha metido más es el que gana. Los perdedores, igual que caballeros dispuestos a emprender una gesta, con la rodilla derecha apoyada en la tierra, esperan con desgana a que el ganador les diga lo que quiere que hagan. Pero hoy hay problemas, porque uno de ellos, el que lleva la gorra de color juventud con una estrella verde, les grita que está hasta los huevos de esa mariconada, que les den por el culo a todos, que son unos pringaos, agarra la mochila, el anorak y el aro, les hace la peineta y se va con paso decidido.

Quédate y votamos, le grita un muchacho que lleva un chándal rojo.

Pero, ¡qué dices macho! ¿Es que estás de jajás? Anda y vete a la mierda, responde el disidente sin volver la cabeza.

Las prendas son variadas: suplicarle un beso a la primera chica que pase por el parque; subirse a una tapia o a la rama de un árbol y graznar como un cuervo o dar

unos ruidos igual que un felino o, pedir dinero a alguien para comprar un billete autobús porque ha perdido el bono.

También les gusta mucho jugar a hacer equilibrios sobre tablas con ruedas. Un lenguaje secreto de hermosos jeroglíficos. El impulso es su cuerpo, el elemento el aire.

Si estoy alterada, mirar aquellas danzas me devuelve el sosiego. Mi cuerpo es el suyo deslizándose grácil sobre el tiempo agrisado de mi mundo de viejos. El espacio que eligen para hacer sus cabriolas es una replaceta, cubierta de cemento, adornada con una fuente donde beben los pájaros. Las ruedas se deslizan sobre la superficie sin apenas rozarla.

Todos los días, a las seis de la tarde, me acerco hasta el banco que hay justo enfrente de donde ellos juegan, me giro muy despacio, aprieto con fuerza la empuñadura del bastón en el que me apoyo y, con mucho cuidado, voy bajando el cuerpo hasta notar la madera en las corvas, en los muslos y arriba, más arriba y, al fin, en el trasero. Ya sentada, respiro, me relajo y miro.

Me gusta comprobar los cambios que, de un día para otro, hacen que el mismo parque me parezca distinto. Aspirar los aromas que traen las estaciones; observar los matices de la luz en la atmósfera; las pequeñas partículas que flotan en sus rayos; vigilar si las flores se marchitan o nacen; si han regado la yerba o repuesto el plato de la fuente porque se pierde el agua.

A las siete y media, me vuelvo a apoyar en el bastón, me incorporo con igual lentitud que me he sentado, y me marcho para llegar antes de las ocho a la residencia donde vivo desde hace cinco años. A pesar de que el trayecto es corto, cada día se me hace más largo y más costoso. Si estuviera más ágil me iría más tarde, sobre todo en

verano, cuando el día alarga y la brisa del cierzo, como un dios piadoso, amansa con sus dones el calor sofocante.

Cuando empecé a sentarme en el banco los chicos no me hacían ni caso. Llegué incluso a pensar que no les agradaba. Ahora, aunque no me saludan al llegar ni me dicen adiós al marcharme, por timidez, supongo, las cosas son distintas porque he comprendido, por algunas señales —aleteo de pájaros al emprender el vuelo, unas risas nerviosas y después un pequeño silencio—, que me están esperando. Una vez que me siento, que acomodo el cuerpo en las tablas del banco y reposo el bastón sobre mi falda, el ruido de sus pies sobre la tierra seca buscando la mejor posición para lanzar el aro, me dice que acabado la espera. El saber que yo sigo su juego y que sepa quién gana y, además, cuántas veces, es lo que más les gusta. De hecho, después de girar en el aire con la tabla en los pies, como pegada, he sorprendido a alguno mirando hacia el banco.

En ocasiones, he estado tentada de mostrar mi entusiasmo ante alguna figura, casi, casi, imposible; pero me he contenido para evitar, en lo que a mí respecta, discriminar a aquellos que tienen menos habilidades.

De cuando en cuando, mientras miro como juegan los niños, tengo la sensación de que todo ha pasado demasiado deprisa. No hacía tanto tiempo que, en una de las calles de aquel barrio, yo había jugado a conquistar el mundo con espadas de palo y caballos de escoba. Después, *Las zapatillas rojas*, en el cine Torrero, habían sido el detonante para andar de puntillas, ponerme en la cintura la mantilla de misa y recorrer la casa con los brazos en alto. Un par de años más tarde, aquella vocación se había transformado en otra y en la universidad en una diferente. El nexo, el deseo de irme de casa de mis padres; de recorrer el mundo; de vivir aventuras.

Los gritos de los niños suelen ser el conjuro que me traen otra vez al presente, al canto de los pájaros, al olor de la yerba, a los perros que pasan olisqueando todo, que se paran y miran al banco donde estoy, moviendo las orejas, agitando el rabo y lanzando ladridos.

Hoy, al ir a levantarme del banco para volver a la residencia, el bastón, de manera absurda, se me ha caído al suelo. No sé cómo lo he hecho, pero para mi suerte, he logrado impulsarme hacia atrás y, aunque en mala postura, he acabado sentada en el banco. Antes de darme cuenta, uno de los muchachos, el que es el más joven, el pequeñajo, ha venido corriendo, ha cogido el bastón y me lo ha dado.

Gracias, hijo, le he dicho, porque sin el bastón no podría volver a la pecera.

Eso de la pecera ha hecho que en su cara apareciese un gesto de tanta extrañeza que, aunque no ha preguntado, me he sentido en la obligación de aclararle a qué me refería.

Le he explicado al chico que estaba viviendo en la residencia de la calle que va hacia el cementerio. El edificio, en el centro, como un corazón, tiene un pequeño jardín cerrado con cristales desde el suelo hasta el techo. Alrededor de él hay un pasillo ancho, que además de servir para que paseemos los viejos, tiene la función de..., ahí me he detenido..., le estás hablando a un niño, no puedes explicarle la estructura que tiene el edificio.

Tú te llamas Iván, me parece...

Sí, ha contestado el chico.

Como Iván el terrible.

Sí, a veces, la maestra me llama de esa forma.

Pues yo soy Catalina. Así, que los dos somos rusos.

En la cara del chico ha vuelto a aparecer el gesto de extrañeza.

Perdona, es una broma, he dicho sonriendo, supongo que tú quieres saber qué es lo de la pecera. Bueno, pues a ese jardincito rodeado de cristales, los viejos lo llamamos la pecera.

El chico se ha rascado la nuca, ha restregado la punta de uno de sus zapatos sobre la tierra y se ha vuelto a mirar a sus amigos. Después me ha preguntado cómo se estaba allí, en la residencia, si se estaba peor que en el colegio.

Pues no sé qué decirte. Es una historia fea, si quieres lo dejamos.

Como se ha quedado plantado delante de mí, sin responder nada, he pensado que quería escucharla.

Pues te sigo contando. A nosotros las monjas nos hacen cenar, en invierno, verano, primavera y otoño, a las ocho y cuarto de la tarde. Cuando comemos, nos cuelgan un babero grande, nos sientan en una silla y no ponen delante de la mesa. La comida es mala, muchos purés y sopas.

Yo odio el puré. La sopa, como mi madre le pone huevo duro, me gusta un poco más, pero no mucho.

Ya me lo imaginaba, le he dicho sonriendo, pero, eso no es todo, porque en el yogurt o el zumo que nos dan para postre nos echan las pastillas trituradas y las gotas. Después de la cena nos llevan a las habitaciones, nos ponen un pañal para que por la noche hagamos nuestras cosas en él, nos meten en la cama, nos rodean el cuerpo con un cinturón ancho que sujetan al somier para que no podamos levantarnos y nos dejan así hasta el día siguiente a las siete.

¿Pero juegas o no?, gritaron los amigos de Iván, porque te toca ahora.

¿Y por qué no te escapas?

Eso no es tan fácil.

He alargado una mano y le he acariciado la cabeza. Sus ojos eran claros, transparencias orgánicas, destellos irisados sobre un cielo de musgo

Anda, vete a jugar. Gracias por el bastón, me has ayudado mucho.

Sus amigos y él han seguido jugando...

Me he adormecido. He creído entrever, cuando ya se marchaban, que Iván se volvía y agitaba una mano. Me siento muy cansada...

Pegado al cristal de la inmensa pecera, un pecesito azul, con sus ojos sin párpados, parece que me mira y que me pide ayuda. Su boquita pequeña se abre y se cierra intentando llevar el aire a sus branquias. Despacio, muy despacio, deja de boquear, aletea un instante, gira sobre sí mismo y se queda flotando con el cuerpo inerte. Golpeo la pecera hasta hacerla pedazos. El agua, como un mar, inunda el pasillo, el cuarto de la televisión, a las presentadoras con sus vestidos rosas y sus labios a juego, el cuarto de la tele y los baños. Las tocas de las monjas, como gorgonias blancas, componen un paisaje de una frágil belleza...

Me ajusto el abrigo, recompongo mi falda, me tapo las rodillas y me enfundo las manos con los guantes. Coloco el bastón sobre el regazo, lo sujeto con fuerza y abandono mi cuerpo a la corriente. Las luces de las casas se encienden poco a poco.

Pincelan el paisaje bolitas amarillas que gotean los árboles. En el suelo las sombras, con sus trazos livianos, dibujan sus grisallas. El aire está inmóvil como el agua de un pozo. Acomodo el cuerpo a la madera y dejo que la noche, como una madre muerta, me acoja en sus brazos.